

te pase esta octava sin hacerlo. Si tienes la dicha de estarlo, examina cuidadosamente si cumples con zelo y con exactitud las cargas y las obligaciones que imponen; y renovando hoy tu devoción y tu fervor, haz propósito de cumplirlas con la mayor puntualidad. Hay también otras congregaciones, instituidas todas en honor de la santísima Virgen, como la de la Esclavitud, la del interior de María, la de su sagrado Corazón, y otras muchas. Apréciaslas todas como piadosas industrias, y medios muy propios para conseguir la salvación.

2 El rosario es una devoción muy agradable á la santísima Virgen; haz propósito de rezarle todos los días; y es muy conveniente fijar la hora en que lo debes hacer, á imitación de la Iglesia, que nunca muda la hora, que según el tiempo determinó para celebrar sus oficios. Se adquiere cierta especie de mérito particular en hacer siempre las devociones en horas determinadas. El variarlas sin motivo, es señal de inconstancia en la devoción, y una ligereza que desagrade á Dios. Todas las tardes de la octava haz una visita á aquella iglesia ó capilla de la Virgen, donde con mas particularidad se celebra la fiesta de su Asunción, y ten en ella un rato de oración.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE SAN LORENZO, mártir.

LOS SANTOS MÁRTIRES LIBERATO abad, BONIFACIO diácono, SERVO Y RÚSTICO subdiáconos, ROGATO Y SEPTIMO monges, y MÁXIMO muchacho, en Cartago en Africa; los cuales en la persecución de los vándalos en tiempo del rey Hunerico por confesar la fe católica y la unidad del Bautismo fueron atormentados con diversos y nunca oídos suplicios; finalmente enclavados en leños para quemarlos en una hoguera, aunque procuraron encenderlos varias veces, por virtud de Dios nunca prendió el fuego, y entonces les mandó el rey acabar á golpes de remos, con que les hicieron saltar los sesos, y alcanzaron la gloriosa corona del martirio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN MAMAS (ó MAMETE), mártir, en Cesarea en Capadocia; el cual padeció un continuado martirio desde su tierna edad hasta su vejez, consumándolo felizmente en el imperio de Aureliano por decreto del presidente Alejandro: los santos padres Basilio y Gregorio Nacienceno hacen de él los mas grandes elogios. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN MIRON, presbítero y mártir, en la Acaya; el cual en el imperio de Decio por mandato del presidente Antipatro padeció muchos tormentos, y últimamente fué degollado en Cizico.

LOS SANTOS MÁRTIRES ESTRATON, FILIPO Y EUTIQUIANO, en Nico-media; los cuales siendo condenados á las bestias, como no recibiesen de ellas lesión alguna, consumaron el martirio siendo quemados vivos.

LOS SANTOS MÁRTIRES PAULO y su hermana JULIANA, que padecieron en los tiempos de Valeriano en Tolemaida en Palestina (por haberse negado constantemente á ofrecer incienso á los idolos, siendo por esto puestos varias veces en el caballete y finalmente degollados en su misma patria.)

SAN ANASTASIO, obispo y confesor, en Terni.

SAN ROQUE, CONFESOR.

SAN Roque, tan célebre en toda la Europa cristiana por su grande santidad, y por su poderosa proteccion contra el azote de la peste, fué natural del Langüedoc, y de una familia distinguida, no menos por su nobleza, que por sus opulentos bienes y por sus empleos. Nació en Mompeller por los años de 1284. Su padre se llamó Juan, y aunque algunos creyeron que era señor de la misma ciudad, no fué sino un gobernador por los reyes de Mallorca, de la real casa de Aragon, á quienes pertenecía entonces la ciudad de Mompeller y su territorio, que poseian en feudo de la corona de Francia. Desde que Roque nació fué recibido y considerado como especial don del cielo, y como fruto de las oraciones de sus padres, que no habiendo tenido hijos, y hallándose en avanzada edad, recurrieron á la Virgen, de quien eran singularmente devotos, y la suplicaron con fervorosos ruegos les alcanzase de Dios un heredero que usase bien de sus bienes, y se dedicase del todo á su servicio. Fueron oidos sus deseos, y nuestro Santo fué hijo de sus oraciones, observándose que nació con una pequeña cruz de color rojo, como grabada sobre el estómago. Todas estas circunstancias le hicieron mas amado de sus padres; y su madre, por nombre Liberia, una de las señoras mas virtuosas de su tiempo, las tuvo por presagio de la futura santidad de su hijo: piadosa preocupacion, que la empeñó en dedicarse con mayor cuidado á su educacion, aplicándose enteramente á inspirarle desde la cuna la verdadera piedad, y una tierna devocion á la santísima Virgen. Presto reconoció la virtuosa señora que la gracia se habia adelantado á sus piadosos deseos, previniendo al niño con sus mas dulces bendiciones aun antes que la edad le permitiese aprovecharse de las lecciones de su madre. Notóse, siendo aun de pecho, que los miércoles y los sábados no le tomaba mas que una sola vez al dia; y este ayuno le observó despues toda la vida.

La devocion que mostró á la santísima Virgen, fué tambien



S. ROQUE, C.

como un milagroso efecto de la predileccion con que ya le miraba la Madre de Dios. Bastaba mostrarle una imagen suya para acallarle y para alegrarle; y así toda la vida fué uno de sus mas favorecidos y uno de sus mas fieles y zelosos siervos. Con un corazón como nacido para la piedad, y con unas inclinaciones naturalmente propensas á la virtud, pasó los primeros años con una inocencia verdaderamente extraordinaria. Habiendo perdido á los veinte á su padre y á su madre, se halló dueño absoluto de un opulentísimo patrimonio; pero todas sus ansias eran por otra herencia todavía mas preciosa. Considerando aquella perfecta desnudez y desprendimiento que el Salvador pide tan espresamente á todos sus discipulos, y de la cual todos los santos nos dejaron tan asombrosos ejemplos, tomó la resolucion de imitarlos. Distribuyó con el mayor secreto que le fué posible entre los pobres todo lo que pudo recoger de sus rentas; y como la edad no le permitia disponer ni enajenar las raices, dejó la administracion á un tio suyo, hermano de su padre; y disfrazado en peregrino, se huyó secretamente de su patria, y tomó el camino de Roma.

Habiendo escogido el estado de pobre, le fué preciso hacer el viaje mendigando. Así por la delicadeza de su edad, como por la de su complexion, tuvo bien en que ejercitar su mortificacion y su paciencia; pero en todas las pruebas le sostuvo su encendido amor de Dios. Cuando llegó á Aquapendente, ciudad de Toscana, perteneciente á los estados de la Iglesia, supo, y vió el estrago que hacia en ella la peste, llenando todas las casas de luto. Movido de un ardiente deseo de asistir á los apestados, y de sacrificar su vida en aquel ejercicio heroico de caridad, se fué á ofrecer al administrador del hospital para asistir á los enfermos. Asombrado el administrador de caridad tan generosa, y viéndole tan jóven y tan delicado, alabó mucho su zelo; pero no le pareció prudencia permitirle que se espusiese al contagio. Replió el Santo, que la gracia supliria las fuerzas que le faltaban; que la caridad era propia de todas las edades y de todas las condiciones; y que él se tendria por muy dichoso si á los veinte y un años de su edad merecia dar su vida por amor de aquel Señor, que por la suya la habia dado primero á los treinta y tres de la suya. Quedó nuevamente pasmado el administrador al oír unas razones tan cristianas como generosas, y le dió su permiso para que asistiese á los enfermos. Bendijo Dios aquella heroica caridad. Luego que Roque anduvo con los apestados, cesó la peste en la ciudad. Supo que aquella hacia horriblos estragos en Cesena, ciudad de la Romanía, y voló allá. Sucedió

en Cesena lo mismo que en Aquapendente; admiró su ardiente caridad tanto en un pueblo como en otro, y bastó su sola presencia para disipar la peste; parece que esta iba huyendo de S. Roque. Repetíase la misma maravilla en todos los pueblos por donde pasaba. Cada cual queria tener en su casa al peregrino, y ana corrió la voz de que era un ángel en figura de tal.

Quando supo que Roma estaba tambien tocada de la peste, se le renovó el deseo de ir á aquella santa ciudad, con que habia salido de Mompeller. Entró en ella cuando el papa Benedicto XI estaba para partir á Perusa. Consoló á aquella afligida ciudad la llegada del peregrino, de cuya maravillosa caridad contaba tantos prodigios la fama. Quiso verle el cardenal Britónico, uno de los mas santos prelados de su tiempo. Oyóle de confesion, comulgóle, y descubrió en él aquel gran fondo de virtud que era el origen de tantas maravillas. Suplicóle emplease su valimiento con el Señor para que librase á la ciudad de tan terrible azote. Hizo oracion S. Roque; y conociendo que Dios la habia oído, convidó al cardenal á que le acompañase en rendirle humildes gracias. El hecho acreditó mas la virtud de nuestro Santo, probando la eficacia de sus oraciones. Quiso el cardenal que el Santo besase el pié á su Santidad. Postrado Roque á los pies del vicario de Cristo, le pidió su bendicion, y la absolucion de sus pecados. *Tú, hijo mio*, respondió el papa, á vista de un milagroso resplandor que rodeó el cuerpo del Santo, *no necesitas de nuestra absolucion; nosotros si que tenemos necesidad de tus oraciones*. Preguntóle despues de donde era, y cual era su familia; á esto enmudeció Roque, y el papa no quiso apurarle mas. Casi tres años se detuvo en Roma nuestro Santo, empleándose en los ejercicios de caridad á que se habia dedicado; y habiendo cumplido con su devocion, salió de Roma y volvió á aquellas mismas partes de Italia donde ya habia estado, continuando en servir á los enfermos, y en librar de la peste los lugares por donde transitaba.

Habiendo pasado algunos años en diferentes ciudades de Lombardia, ocupado siempre en estas heroicas obras de caridad, tuvo noticia de que la ciudad de Plasencia estaba afligida de epidemia; peste popular causada por la corrupcion del aire de que ninguno se puede libertar. Al punto pasó allá, y se encerró en el hospital, curando por su mano las llagas de los enfermos, segun su costumbre. Pero Dios, para probar y purificar mas su virtud, permitió que despues de haber padecido tanto por otros, se viese él mismo atacado del propio trabajo, y con necesidad de que otros le asistiesen.

Quedóse profundamente dormido una noche, brumado de la fatiga y del sueño. Despertó, y se sintió apoderado de una ardentísima fiebre, con un dolor en la pierna izquierda tan violento y tan agudo, que le obligaba á prorumpir en lastimosos gritos. Recibió este mal como favor de Dios muy especial, y no cesaba de mostrarle su agradecimiento. La violencia del mal no le estorbaba su tranquilidad interior; pero la viveza de los dolores le obligaba á dar gritos, que podían incomodar á los otros enfermos del hospital. Movido de caridad con ellos, no paró hasta que se hizo echar fuera de él. Aflicta á todos verle tendido en la tierra, y espuesto á las injurias del aire; instábanle para que se dejase restituir á su cama; pero fué invencible la delicadeza de su caridad. Por el miedo de que no inficionase la calle donde estaba tendido, se vieron precisados los vecinos á hacerle salir fuera de la ciudad. Gozoso el Santo de verse echado de aquella manera, sostenido de un palo se fué arrastrando con grande trabajo hasta la entrada de un bosque, donde encontró una pobre y estrecha choza. El mismo gozo que tenia de verse arrojado de los pueblos, oprimido de dolores, destituido de todo humano consuelo, y en aquella triste soledad, le hacia muy deliciosa la incomodidad de la estancia. Pero tomó Dios á su cargo el cuidado de su siervo. Cerca de la misma cabaña hizo brotar un manantial de agua clara y cristalina, que dura aun el día de hoy, dándola el mismo Señor una maravillosa virtud para preservar de la peste. Bebió de ella, y lavando su llaga con la misma agua, se sintió muy aliviado. Faltábale todavía que comer, pero Dios tomó providencia.

A doscientos ó trescientos pasos del bosque habia un castillo de un caballero de Plasencia llamado Gotardo, donde se habia retirado con su familia mientras duraba la peste. Estando un día á la mesa, uno de sus perros tomó un pan en la boca y se escapó con él. Por entonces no se hizo mucho caso de este robo; pero el día siguiente, estando tambien sentado á la mesa, repitió el perro la misma diligencia, y echó á correr. Creyó Gotardo que esto dependia de que mataban de hambre al pobre animal, y riñó ásperamente al criado que cuidaba de los perros. Por mas que éste protestó que estaba bien proveida la trailla, no fué creído. Pero como el perro tercera vez hurtase el pan de la mesa, y se escapase con él, le fueron siguiendo, y vieron que se entró en la choza, que alargó el pan al Santo, y que despues de haberle halagado con la cola, se retiró. Informado Gotardo de un hecho tan singular, fué á ver al siervo de Dios; y prendado de su mansedumbre, de su humildad, de su paciencia, y de aquel ai-

re de santidad que resplandece siempre en los Santos, le preguntó quién era, y por qué estaba retirado en aquella choza. Respondióle el Santo, que porque estaba tocado de la peste, y que por lo mismo le suplicaba á él que tambien se retirase. Obedeció el caballero; pero luego que volvió á su casa, reprendiéndose á sí mismo su pusilanimidad y cobardia, retrocedió adonde estaba el enfermo, y le declaró venia resuelto á no abandonarle. Has sido dichoso, le respondió el Santo, en haber obedecido tan prontamente á la divina inspiracion. Dios te llama á la soledad, y quiere que lo dejes todo para servir á solo él. Recibió Gotardo este oráculo como si fuera del cielo; y sintiéndose enteramente mudado, preguntó á Roque qué era lo que debia hacer. Quiere Dios, respondió el Santo, que te vistas de peregrino como yo; y para romper desde luego y para siempre con el mundo, á quien has servido demasiado hasta aquí, que en este mismo traje vayas á pedir limosna por toda la ciudad de Plasencia. Era fuerte la prueba; pero Gotardo se sujetó á ella, y despues de haber sufrido la gritería de los muchachos, las zumbas, las chufletas, y las reprensiones de los nobles, hartado de oprobios á satisfaccion, volvió á la choza en busca de su jóven director. A tan generosa accion, hecha solo por agradar á Dios, se siguió inmediatamente el premio. Trasformado en otro hombre el nuevo ermitaño, renunció todos los empleos y todas las conveniencias que poseia, y se consagró al servicio de solo Dios, pasando el resto de sus dias en la soledad. Mientras tanto nuestro Roque, acompañado del nuevo solitario, volvió á Plasencia; y habiendo hecho la señal de la cruz en todas las calles y en el hospital, en el mismo punto quedaron sanos todos los enfermos que estaban tocados de la peste, y toda la ciudad libre de aquel terrible azote. A vista de tan estupendo prodigio, todos gritaron *milagro*, y concurriendo de tropel al Santo, le vinieron acompañando hasta su choza. En el camino oyó una voz que le decía: *Roque, ya estás sano; vuelvete á tu país, donde darás nuevas pruebas de tu paciencia.*

Oyó esta misma voz un hombre de gran virtud que iba entre la muchedumbre, y atropellando por ella, se fué á echar á los pies del Santo, llamándole por su nombre, y encomendándose en sus oraciones. Quedó Roque sorprendido viéndose apellidar por su nombre, que jamás habia descubierto á persona alguna, y prometió á aquel buen hombre, que así él como su familia y todo aquel país quedarian en adelante preservados de la peste, con tal que á nadie revelase lo que habia oido hasta que tuviese noticia de su muerte.

Después que nuestro Santo recobró tan milagrosamente su salud, habiendo instruido y fortificado suficientemente á su huésped en su generosa empresa, tomó la vuelta de Francia en hábito de peregrino, y pidiendo siempre limosna. Estaba tan estenuado y tan desfigurado, que habiendo llegado á un lugar de su antiguo dominio, ninguno le conoció; y como á la sazón todo estaba lleno de hostilidades y de sospechas, á causa de las guerras, fué tenido por espía, y como tal fué conducido al gobernador de Mompeller, que no era menos que su mismo tío, el cual habia sucedido en el gobierno á su hermano, y padre de nuestro Santo. Como Roque se habia cerrado siempre en no descubrir quién era, también le tuvo por espía el gobernador, y después de muy maltratado, le condenó á cárcel perpetua.

No se puede explicar el consuelo espiritual y la alegría interior de nuestro Santo, cuando se vió encerrado en un oscuro calabozo y tratado con tanto menosprecio en su mismo país, y por su propio tío. Consolábanle maravillosamente aquellas palabras del Evangelio, en que se dice de Jesucristo, que habiendo vuelto á su patria, los suyos no le recibieron: *Et sui eum non receperunt*. Todas sus conversaciones eran con Dios, pasando en oracion los dias y las noches. Como si la oscuridad y la hediondez de un calabozo estrecho y lleno de sabandijas no bastasen para ejercitar su paciencia, añadía nuevas mortificaciones al rigor de su lastimoso estado. Su comida era solo pan y agua; y esta con medida. El deseo de padecer mas y mas por Jesucristo era siempre ingenioso, sugiriéndole cada dia nuevas industrias para macerar su carne, y era su vida un continuado martirio.

Cinco años pasó S. Roque en estos crueles abatimientos, sin que hubiese persona humana que le solicitase algún alivio. Solo Dios y la santísima Virgen, por cuyo amor, y á cuya imitacion padecía, eran todo su consuelo. El carcelero admirado de su apacibilidad, de su mortificacion y de su paciencia, se contentaba con decir, que aquel preso era de especie distinta de los otros hombres. Pero queriendo el Señor premiar en fin á su fiel siervo, le reveló el dia y la hora de su muerte, y el Santo pidió que le llamasen á un sacerdote. Entrando este en el calabozo, al cual por ninguna parte entraba luz alguna, quedó admirado, viéndole rodeado de un celestial resplandor; pero mucho mas asombrado quedó, cuando vió que el cuerpo de aquel preso despedía de sí muchos rayos de gloria; mas después que le oyó de confesion y le comulgó, depuso toda duda, y conoció la eminente santidad de aquel hombre extraordinario. Luego que salió de la cárcel, se fué derecho y apresurado á casa del gobernador, y refiriéndole

lo que habia visto, le declaró que tenia en el calabozo un tesoro escondido á los ojos de los hombres. Despreció el gobernador la relacion, tratándola de sueño; pero esparcida la voz por toda la ciudad de que habia un santo en la cárcel, en un instante se halló esta rodeada de todo el pueblo. Bajó el carcelero al calabozo, y luego advirtió la extraordinaria luz que salia por las rendijas de la puerta. Abrela, y encuentra al Santo tendido en la tierra, que acababa de entregar el alma á su Criador, y tenia á su cabecera una lámpara encendida, y á los lados una tablilla en que estaban escritas estas palabras: *Los que tocados de la peste invocaren á mi siervo Roque, se librarán por su intercesion de esta cruel enfermedad*.

Dieron cuenta al gobernador de esta maravilla; quedó aturdido, y refiriéndosela á su madre, abuela de nuestro Santo que vivia aun, respondió aquella señora, que si aquel era su nieto, lo reconoceria seguramente por una cruz roja que tendria en el estómago, habiendo nacido con ella. Verificóse luego esta señal, y es fácil comprender cuáles serian los afectos de dolor, de admiracion y de gozo en toda la ciudad. Espúsose el santo cuerpo á la veneracion pública en una rica cama, debajo de un magnífico dosel; y el gobernador, que estaba inconsolable por la inocente dureza con que habia tratado á su sobrino, le hizo unos suntuosos funerales. Todos querian lograr el consuelo de besarle los pies, y regarlos con sus lágrimas. Fué conducido el santo cadáver como en triunfo por toda la ciudad, acompañado del clero, de la nobleza y del pueblo, y se le dió sepultura en la iglesia principal, que todavia no era catedral, porque la silla episcopal se mantenía aun en Magüellon, de donde no se trasladó á Mompeller hasta el año de 1533. Poco después su mismo tío hizo erigir una magnífica en honor de su santo sobrino, á la cual fueron trasladadas sus reliquias. Murió nuestro Santo por los años de 1319, á los treinta y cuatro de su edad.

Pocos santos comenzaron á tener culto tan presto como nuestro Roque. Desde el mismo dia de su entierro comenzó la devocion particular á su sepultura. Es verdad que muy desde luego comenzó Dios á manifestar la gloria y el valimiento de su siervo con multitud prodigiosa de milagros, particularmente con aquellos que en tiempo de peste imploraban su poderosa proteccion. Por esta esperiencia la mayor parte de las ciudades y de los pueblos le escogieron por uno de sus patronos, votando guardar como festivo el dia de su muerte, que fué el 16 de agosto. Entre otras innumerables ciudades que le tomaron por patrono, fué una la ciudad de Venecia; y en atencion á esto algunos aven-

tureros venecianos, con cierta especie de piadosa conspiracion, tuvieron modo de sacar furtivamente de Mompeller una parte de sus reliquias; la otra fué trasladada por el mariscal de Boucicaud á la iglesia de los padres Trinitarios de Arlés, y de aqui se distribuyeron ampliamente estas mismas reliquias en muchas ciudades del reino.

SAN MAMETE, Ó MAMAS, MÁRTIR.

EL bienaventurado S. Mamete, ó como otros dicen, S. Mamas, caballeros principales y de linaje de senadores, de los cuales hace conmemoracion el Martirologio romano el dia 31 de agosto. Tenia en aquellos tiempos el cetro del romano imperio Aureliano perseguidor cruel de cristianos, quien suscitó la nona persecucion contra la Iglesia de Dios. Publicados los edictos en Paflagonia, y siendo Teodoto y Rufina padres de Mamete cristianos y grandes siervos de Dios, fué acusado de esto S. Teodoto delante del presidente que estaba allí por los emperadores romanos. Preso pues y llevado á Cesarea de Capadocia, donde le echaron en una cárcel, su bienaventurada esposa Sta. Rufina, embarazada de Mamete, le quiso hacer en ella compañía. Murió Teodoto encarcelado, y Rufina no pudiendo soportar las congojas de la cárcel, parió antes de tiempo al bendito S. Mamete, y murió tambien, quedando el niño entre los cuerpos muertos de sus benditos padres. Entonces apareció un gallardo mancebo (el cual sin duda era ángel del Señor) á la bienaventurada Sta. Ammia, mujer noble y muy principal, mandándole que pidiese al presidente los cuerpos de los bienaventurados S. Teodoto y Sta. Rufina, diciéndole que hallaria entre ellos el niño Mamete vivo, y que le mandase criar con diligencia. Hizolo la santa señora, y enterró los cuerpos de los dichos santos en su huerto, y al bendito niño crió con cuidado y le recibió por su hijo adoptivo.

Aconteció que siendo el santo de dos años llamando un dia á Ammia, dijo *mama*, queriendo decir madre, y de aqui le quedó el nombre de Mama ó Mamete. Siendo de cinco años púsole Ammia á los estudios, y aprovechó en ellos mucho.

Proseguia en aquellos tiempos el mal emperador Aureliano con gran crueldad la persecucion contra la Iglesia de Dios, el cual no solamente mandaba á los hombres y mujeres sacrificar á sus falsos dioses, sino tambien á los muchachos, á fin de mantenerlos en el error desde su tierna edad. Pero los que iban al estudio y eran amigos y compañeros de Mamete, aunque niños, no

consentian en el error gentilico. Siendo él de quince años murió Ammia su madre adoptiva, y le hizo heredero de su hacienda. Supo el presidente lo que hacia el siervo de Dios, y mandóle llevar delante de su tribunal, donde le preguntó: Si era él el que no queria adorar los dioses, antes persuadia á sus condiscipulos que no obedeciesen al emperador. Entonces el bendito mozo con pecho mas que de varon reprendióle porque dejaba al Dios verdadero y adoraba dioses falsos, mudos y sordos. Quiso el tirano llevarle por fuerza á un ídolo, para que aun cuando no quisiese, le adorase. Respondió Mamete, que segun derecho aquello no se podia hacer, por ser el hijo adoptivo de Ammia señora nobilísima, de la cual quedaba él heredero. Viendo el presidente Democrito que ciertamente no le podia castigar, envióle al emperador, avisándole en sus cartas de todo. Llegado allá, con halagos y amenazas procuró Aureliano hacerle sacrificar á sus falsos dioses, y viendo el tirano la constancia del santo mancebo, mandó darle muchos azotes, y cuando los verdugos le azotaban, decia el emperador, que negase á Jesucristo con la boca sola, que aquello solo bastaba. Respondió el santo mártir, que ni de boca ni de corazon queria negarle. Visto por el emperador el poco caso que hacia de los azotes, mandó quemarle con candiles encendidos. Hizose como él mandaba, y el bendito mártir padeció aquel tormento sin dolor. Despues considerando el tirano, que no podia hallar tormentos con que vencerle, mandóle atar en el cuello una bola de plomo, y echar en el profundo del mar.

Hizose como mandaba el tirano; pero llevándole los ministros allá para echarle en el mar, apareció el ángel del Señor, el cual les rodeó, y espantados los ministros que le llevaban, huyeron, y el ángel mandó á Mamete que subiese al monte de Cesarea y viviese allí. Estuvo el Santo en aquel monte cuarenta dias ayuno y sin comer, y despues oyéndose una voz del cielo, se le dió el Évangelio con una vara, y quedó predicador de la ley de Dios. Edificó en aquel lugar un templo, y acudian á él todas las bestias fieras del monte, de cuya leche hacia queso, y reservándose de ello algun poco para sí, llevaba el otro á Cesarea de Capadocia, y dábalo á pobres.

Supo este hecho tan heroico Alejandro, presidente de Capadocia, y le envió ciertos caballeros al monte para que le llevasen preso delante de él. Siendo avisado el Santo de su venida, salió á recibirles, y no conociéndole ellos le preguntaron por Mamete. El siervo de Dios les convidó á cenar, diciendo que despues les mostraria el hombre que buscaban. Hospedóles pues dándoles pan y queso en su comida, y mientras estaban comiendo, bajaron las

bestias fieras del monte, para que él tomase leche. Viendo esto aquellos caballeros, quedaron pasmados de semejante maravilla, y dejando la cena, huyeron á los pies de Mamete. Entonces les dijo el Santo que no temiesen, y que él era el que ellos buscaban. Partiósese pues de ellos, y dijoles que volviesen á su señor, porque él sería allí luego. Fuéronse los caballeros á Cesarea, no dudando de la palabra del siervo de Dios, y Mamete entró en el monte, donde mandó (segun dice Surio) á un leon, que despues que él habria caminado un estadio, bajase corriendo á las gentiles y judíos que blasfemaban de Jesucristo nuestro Señor, y les matase. Hecha esta diligencia, bajó del monte, y fué á Cesarea de Capadocia, donde los caballeros le estaban aguardando al entrar de la ciudad. Fué pues llevado por ellos delante del presidente, quien le preguntó, si era él el encantador que obraba tantas maravillas con arte del demonio. Respondió el Santo, que él era siervo de Jesucristo, que á los que creen en él y hacen su voluntad, salva, y á los idólatras y encantadores echa al infierno. Pidióle también por qué le habia llamado. Yo, dijo el presidente, te he llamado porque no puedo sufrir que vivas en compañía de bestias en el desierto, y que les mandes con tus encantamientos como si tuvieran entendimiento. — Mas quiero vivir, dijo S. Mamete, en compañía de bestias fieras que no con vosotros; porque ellas aunque no tengan juicio, sabea reverenciar al Criador del cielo y tierra, y honrar á sus siervos, y vosotros no.

Entonces mandó Alejandro atormentarle, y él con gran paciencia esperaba del cielo consolacion. Instando Alejandro que le arañasen ó atormentasen, oyóse una voz del cielo, que le quitó gran parte del dolor, y le hizo hábil para sufrir todos los tormentos que se le ofreciesen. Esta voz oyeron muchos de los fieles y quedaron mas constantes en la fe. Viendo el tirano que Mamete no hacia caso de las uñas de hierro con que le atormentaban, mandó encender un horno para echarle en él. Pero por estar él ocupado en otros negocios, echaron á Mamete en una cárcel, donde halló cuarenta cristianos, y les libró á todos de las cárceles, abriéndolas con sola su oracion, y dándoles licencia que se fuesen. Pero quedóse él solo en la cárcel esforzado por la presencia de un ángel para sufrir nuevos trabajos y tormentos. Viendo despues el presidente la constancia del mártir mandó echarle en un horno ardiendo. Hízose lo que mandaba. Pero quedóse el siervo de Dios en medio de las llamas tres dias, como si estuviera en un prado hermoso y muy florecido. Mandó el tirano á sus ministros que fuesen á ver el mártir: fueron, y hallaronle alabando al Señor. El juez atribuía todo esto á encantamientos;

mas el pueblo lo tenia por milagro, como era razon. Despues mandó el tirano echarle á las fieras bestias y ellas se le humillaron. Pero vino un leon del bosque, y entrando en el teatro mató á muchos gentiles, y (segun dice el obispo Equilino) habló el mismo leon, como la asna de Balaan, y dijo que por las injurias que hacian á Mamete, habia muerto tantos de ellos. Y viendo esto muchos de los gentiles alababan al Dios que él predicaba, y el leon se echó á los pies del mártir con mucha mansedumbre. Despues el presidente dispuso que un criado, con cierto instrumento que tenia preparado le sacase las entrañas. Hizolo el sayon, y sacándole los intestinos, el mártir se fué de la ciudad llevándolos en las manos; y llegado que hubo á una cueva, á dos estadios de Cesarea, oyendo una voz del cielo que le llamaba, dió el espíritu á su Criador.

Sozomeno y S. Gregorio Nacianceno nos informan de que siendo educados en Cesarea Juliano el Apóstata, y su hermano Galo, se divertian cuando niños en edificar iglesitas á los mártires, y especialmente á cierto S. Mamas; y que todos los dias al paso que las que Galo hacia iban adelantando siempre, las de Juliano se arruinaban cada momento.

En la iglesia parroquial de Corrodemunt, del obispado de Barcelona, tienen por patron á S. Mamas ó S. Mamete, y por su intercesion poderosísima han obtenido de Dios singulares mercedes y beneficios. (*Domeneec.*)

SAN LIBERATO, ABAD, Y SEIS MONGES MÁRTIRES.

HUNERICO, vándalo rey arriano del Africa, en el séptimo año de su reinado publicó nuevos edictos contra los católicos, y mandó que se demoliesen en todos sus dominios los monasterios. Siete monges que vivian en uno cerca de Capsa, en la provincia de Bizacena, fueron citados en aquel tiempo á Cartago. Sus nombres eran: Liberato, el abad, Bonifacio diácono, Servo y Rústico subdiáconos, Rogato, Séptimo y Máximo, monges. Primero les tentaron con promesas, pero respondieron: « Una fe, un Señor, y un Bautismo. » Como permaneciesen pues constantes en la fe de la Trinidad, y de un bautismo, fueron cargados de hierros y metidos en un oscuro calabozo. Habiendo ganado á sus guardas los fieles de aquella ciudad entraban á visitarles, y á recibir sus instrucciones, y se animaban reciprocamente unos á otros á recibir la muerte por Jesucristo. Informado de todo esto el rey, mandó que los encerrasen con mas reserva y custodia, les cargó de cadenas mas pesadas y les atormentó con invencio-